

METAPSICOLOGÍA DE LA REPRESENTACIÓN: FUNDAMENTOS DEL PSICOANÁLISIS FREUDIANO Y LAS CIENCIAS DE LA MENTE CONTEMPORÁNEAS¹

Richard Theisen Simanke
Universidad Federal de São Carlos, Brasil

¿Cuál es el sentido original y las implicaciones del concepto específicamente metapsicológico de *representación*, tal como fue formulado por Freud en su obra inicial? Es en torno a esta cuestión que se desarrolla la siguiente exposición que intenta mostrar, en primer lugar, cómo la teoría freudiana de la representación contribuye a la comprensión de la relación mente-cerebro, mientras que vuelve problemática la comprensión de la relación entre la mente inconsciente y la conciencia. Este hecho, junto con el relieve concedido al problema del afecto, permite aproximar a Freud de la problemática reconocida y abordada por ciertas concepciones contemporáneas, tales como las ciencias cognitivas, que intentan rescatar la perspectiva naturalista en la constitución de una ciencia de la mente más abarcadora. En suma, se trata, de modo muy sintético, de rescatar los orígenes de lo que se puede considerar la *metapsicología freudiana de la representación*, intentando resaltar lo más original de esa noción frente a las concepciones psicológicas tradicionales y, a partir de esto, hacer inteligible el modo en que Freud formula y desarrolla la teoría de un *inconsciente representacional o psíquico*, en su doble relación con los procesos somáticos y cerebrales, por un lado, y con la experiencia consciente, por el otro. Sin embargo, se trata también de evidenciar de qué modo esa dirección dada por Freud a sus reflexiones tornó problemática y, en última instancia, inviable —una inviabilidad, diga-

mos, estructural y no apenas provisoria— la formulación de una *metapsicología de la conciencia*, lo que hace que el acabamiento de la teoría psicológica que se puede extraer del psicoanálisis exija otro orden de consideraciones, hecho reconocido explícitamente por Freud (Freud, 1938). Aunque Freud no especifique cuál podría ser esa otra vía de abordaje reservada para el problema de la conciencia, tal vez sea posible sostener que la metapsicología, según su punto de vista, debería complementarse con cierto *abordaje fenomenológico de la experiencia conciente* adaptado, no obstante, a la inspiración *naturalista* que desde el principio impulsa el proyecto metapsicológico freudiano —o, en todo caso, argumentar que una tal dirección no sería incompatible con ese proyecto. Por ese camino, el psicoanálisis freudiano se sitúa frente al *problema de la naturalización de la conciencia* retomado contemporáneamente por la psicología y por las ciencias de la cognición en general (Petitot *et al.*, 1999). A pesar de esto, queda claro que esa dirección no representa, de inmediato, ningún tipo de solución al problema de la conciencia en el ámbito de la metapsicología freudiana, ya que ese programa de naturalización de la fenomenología es, en sí, extremadamente problemático desde el punto de vista de sus compromisos conceptuales y de su orientación filosófica general (Zahavi, 2004; Bayne, 2004; Overgaard, 2004). Aún así, tal vez esa aproximación sea capaz de renovar los términos del problema, además de sugerir cierta actualidad de la apuesta freudiana en la posibilidad de una *ciencia natural de la mente* y justificar el interés científico y epistemológico de su discusión.

El problema de la representación

La crítica filosófica del psicoanálisis solió, desde los años 20 (Politzer, 1928), incluir a la metapsicología freudiana en el contexto de las “psicologías de la *Vorstellung*”, en general acusando a la doctrina de desvirtuar lo que habría de original en el trabajo clínico e interpretativo emprendido por Freud, promoviendo un retorno a los cánones más tradicionales de aprehensión del sujeto y del psiquismo. Es un hecho reconocido que desde algún tiempo se juzga como impropio cierta crítica de la teoría psicoanalítica basada en un marco filosófico ajeno, si eso significa forzarla a entrar en tal marco o medir exteriormen-

te su adecuación al mismo (Monzani, 1991); no obstante, esto no quiere decir que las dificultades de interpretación de la obra, en el origen de ciertas lecturas que se precipitaron al juzgar negativamente el pensamiento freudiano, hayan sido totalmente superadas. De cualquier modo, se terminó por reconocer, como condición para una interpretación rigurosa del sentido del pensamiento freudiano, la necesidad de comprender aquel conjunto de conceptos más típicos del *corpus* metapsicológico —pulsión, repetición, represión, inconsciente, entre otros— en el contexto original de su formulación. Sin embargo, el mismo beneficio tal vez no haya sido extendido a otro conjunto, cuya pertenencia a los presupuestos psicoanalíticos no es tan evidente o que, por lo menos, no parecen pertenecer exclusivamente a ese dominio. Entre ellos se destaca particularmente el concepto de representación (*Vorstellung*).

En efecto, se admitió quizás con demasiada facilidad que cuando Freud emplea el vocabulario oriundo de la psicología y de la filosofía de la representación estaría entendiendo más o menos lo mismo que el término significa en su suelo originario, siendo que sólo las evidencias clínicas o empíricas con que deparó a lo largo de su investigación lo llevaron a proponer la hasta entonces insospechada existencia de *representaciones inconscientes*; de lo que resulta el carácter contradictorio y absurdo o positivamente revolucionario atribuido a su descubrimiento —dependiendo de la antipatía o simpatía profesada por el comentador en cuestión a propósito del conocimiento psicoanalítico. La cuestión es que tanto una como otra actitud pueden derivar de un mismo desconocimiento respecto del sentido propio de la noción que se formula. Por lo tanto, lo que se propone aquí es, en primer lugar, el esfuerzo de penetrar el *sentido específicamente freudiano del cual se reviste en su obra el concepto de representación*, pensándolo sobre el telón de fondo de la tradición filosófica y de las primeras escuelas de psicología científica contra las cuales, muy explícitamente, Freud constituyó su aparato conceptual. Este punto de vista debe permitir comprender el modo en que la noción de representación (*Vorstellung*) integra lo más esencial de la metapsicología, mereciendo alinearse entre los *Grundbegriffe* freudianos, tanto como el concepto de pulsión (*Trieb*) y otros más célebres.

Dos peculiaridades, sobre las cuales Freud insiste al caracterizar su concepción de representación, sobresalen cuando se trata de justificar la pertinencia de esta vía de abordaje. La primera es, justamente, la posibilidad de que una

representación permanezca o devenga inconsciente —o, de modo más drástico, como Freud definirá después, que la condición de inconsciente sea el estado, por así decir, natural y en todo caso originario de la representación. De hecho, la idea de una *representación inconsciente* puede ser considerada la verdadera innovación de la metapsicología freudiana. La idea de inconsciente ya se hacía presente desde la aurora del pensamiento moderno y aparece, bajo numerosas formas, en la filosofía, en la psicología, en la medicina y en la literatura (Whyte, 1960; Cazeto, 2001; Ellenberger, 1970); lo que está casi absolutamente ausente antes de Freud, sobre todo cuando se camina de la filosofía hacia la psicología, es la idea de un *inconsciente constituido por representaciones*.²

Un concepto tal de *representación inconsciente* —si mantuviéramos que Freud se atiene a una concepción tradicional de representación— justificaría plenamente los dos tipos de reacción más comunes por parte de la psicología y de la filosofía: condenarla simplemente a una contradicción, ya que una representación inconsciente no sería más que una representación que no representa; o no reconocer allí sino una versión conservadora de la psicología de la representación, que solamente duplica el sujeto psíquico, instalando en el inconsciente una especie de “segundo *Cogito*”³ y agravando así, más que superando, los equívocos del cartesianismo. El análisis pretendido aquí procuró aprehender el modo en el cual en el interior de la metapsicología se sostiene la noción de representación inconsciente, a partir de una reflexión que emerge de la posición peculiar de Freud, en el cruce de la filosofía, la psicología y la neurología del siglo XIX.

La otra particularidad es el carácter eminentemente energético atribuido por Freud a la actividad representacional, lo que se expresa en esa noción forjada inicialmente por Breuer y luego adoptada, ampliada e incluso generalizada por Freud, de *representación afectiva*. Hay que convenir que una relación *necesaria* entre representación y afecto parecería casi tan extraña a la psicología pre-freudiana como la idea de una representación inconsciente. Cuando se menciona aquí una *relación necesaria entre representación y afecto* el objetivo no es, evidentemente, contradecir la conocida concepción laplancheana que ve en la independencia entre representación y afecto una de las conquistas decisivas del psicoanálisis freudiano. Lo que Laplanche resalta es la innegable capacidad de los montos de afecto —y, con ellos, de las cualidades afectivas— de circular en el aparato psíquico a lo largo de las vías propiciadas por los sistemas de

representaciones (Laplanche, 1980). Sólo se trata de señalar el hecho, igualmente decisivo, de que *la representación para Freud es necesaria y originariamente un proceso afectivo*; en una palabra, que no hay, en última instancia, representación sin afecto, que no es posible concebir la formación de la representación y, sólo posteriormente, su vínculo contingente con cierto monto de afecto, sino que el afecto —en su sentido más general de componente cuantitativo y dinámico de todo proceso mental— participa del mismo proceso de constitución de las representaciones. Esa es una característica esencial de la representación para Freud, no sólo para dar cuenta del contenido afectivo de los fenómenos clínicos, sino porque responde por el proceso mismo de constitución de las representaciones (Simanke, 2007a, 2005a). Más todavía, como el mismo Freud explicita, se trata mucho más de una necesidad teórica que de una constatación clínica o empírica. En verdad, esas dos características de la representación se implican y exigen mutuamente —ésta es, en todo caso, la posición breueriana de la cual Freud parte, incluso cuando la idea de *representación afectiva e inconsciente* haya sido propuesta por Breuer como una excepción patológica⁴ — y sólo teniendo en cuenta el modo en que Freud elabora progresivamente su particular concepción de representación esa implicación se vuelve comprensible. La disociación introducida tan frecuentemente en la obra freudiana entre *método* y *doctrina* inicialmente (Dalbiez, 1936) —o, en la versión consagrada por Ricoeur (1965), entre una *energética* y una *teoría del sentido y de la interpretación*— se puede explicar, por lo menos en gran medida, por la dificultad de admitir integralmente cuán indisociables son esos dos aspectos del concepto específicamente freudiano de representación. El hecho de que la introducción de esa dicotomía no contribuyó a la comprensión adecuada del emprendimiento freudiano ya fue ampliamente reconocido por las tentativas más recientes de interpretación filosófica del psicoanálisis. Falta, empero, identificar de qué manera —y sobre qué bases— la unidad del proyecto freudiano se justifica internamente.

Así, el objetivo sería no sólo contribuir a la elucidación de los presupuestos de la doctrina psicoanalítica, sino introducir la reflexión freudiana en un debate más amplio, referente a la idea de representación como un todo.⁵ Ese debate está lejos de poder ser considerado como superado. Por el contrario, luego de un ostracismo impulsado por discursos críticos como los de la fenomenología

y por programas de investigación positiva muy precisamente definidos como el del behaviorismo, la noción de *representación* retorna a la escena, en gran parte siguiendo de la ascensión de las llamadas ciencias cognitivas que contribuyeron tanto para volver a colocar en la agenda de la psicología contemporánea su definición como una *ciencia de la mente*. Por todo esto parece justificarse, sobre el terreno delimitado del rescate del concepto específicamente freudiano de representación, la posibilidad de recorrer el camino de doble mano que debería caracterizar toda la llamada “filosofía del psicoanálisis” (Prado Jr., 1991): la que lleva de la filosofía al psicoanálisis, contextualizando y poniendo en cuestión la arquitectura conceptual de esta última, y la que retorna, del psicoanálisis a la filosofía, enriqueciendo el debate filosófico con las conquistas alcanzadas en terreno psicoanalítico, aunque no sea más que por la reapertura de viejas cuestiones.

El problema de la conciencia y los límites de la metapsicología

Desde muy temprano en su obra, Freud reconoció que cualquier teoría psicológica que pretendiera ser completa debería habérselas con el *problema de la conciencia*, incluso admitiendo que ésta pudiera ser de una tal naturaleza que escapara a la perspectiva naturalista que reivindicaba para su ciencia del psiquismo. En efecto, dice en el *Proyecto*:

Hasta aquí no hemos tenido en cuenta que toda teoría psicológica, además de sus logros en el orden de la ciencia natural, debe llenar un gran requisito. Debe explicarnos aquello de lo cual tenemos noticia, de la manera más enigmática, por nuestra “conciencia”. (Freud, 1895/1950: 400).

En ese mismo punto Freud afirma la autonomía de lo psíquico en relación a la conciencia y la adecuación de la perspectiva naturalista al abordaje de los procesos inconscientes:

Hemos abordado los procesos psíquicos como algo que podría prescindir de esta noticia por la conciencia. Entonces, si no nos dejamos desorientar por esto último, he aquí lo que se sigue de aquella premisa: la conciencia no nos proporciona una

noticia completa ni confiable de los procesos neuronales; y estos, en todo su radio, tienen que ser considerados en primer término como inconscientes y, lo mismo que otras cosas naturales, deben ser inferidos (Freud, 1895/1950: 400).

Sabemos que, a lo largo de toda su obra, Freud se esforzó en hacer que la reflexión metapsicológica abarcara también las cuestiones relativas a la elucidación de la conciencia, siempre con un suceso apenas relativo que, en general, se restringió al establecimiento de *condiciones de posibilidad* de la conciencia, pero sin alcanzar una caracterización eficiente de la misma como tal (el abandono del artículo metapsicológico sobre la conciencia en 1915 puede ser considerado un indicador del reconocimiento de esas insuficiencias).

En el *Esquema del psicoanálisis* (1938), trabajo rigurosamente conclusivo de su pensamiento, Freud retoma la consideración de las consecuencias epistemológicas de la distinción entre lo psíquico conciente y lo inconsciente en términos sorprendentemente próximos a los empleados en el *Proyecto*:

Mientras que la psicología de la conciencia nunca salió de aquellas series lagunosas, que evidentemente dependen de otra cosa, la concepción según la cual lo psíquico es en sí inconsciente permite configurar la psicología como una ciencia natural entre las otras. (Freud, 1938: 156).

Pero la condición de esa naturalización de la psicología es el reconocimiento del carácter físico o somático de lo psíquico inconsciente, lo que trae como consecuencia la reiteración de la exclusión de la conciencia como dominio de la reflexión metapsicológica. De este modo, si se mantiene la exigencia ya afirmada en el *Proyecto*. . . de que una teoría psicológica completa debe ocuparse también de la conciencia, ésta última deberá ser abordada por métodos ajenos a los de la metapsicología:

estos procesos concientes no forman unas series sin lagunas, cerradas en sí mismas, de suerte que no habría otro expediente que adoptar *el supuesto de unos procesos físicos o somáticos concomitantes de lo psíquico*, a los que parece preciso atribuir una perfección mayor que a las series psíquicas, pues algunos de ellos tienen procesos concientes paralelos y otros no. Esto sugiere de una manera natural poner el acento, en psicología, sobre estos procesos somáticos, *reconocer en ellos lo psíquico genuino y buscar una apreciación diversa para los procesos concientes*. (Freud, 1938: 156, el subrayado es nuestro).

Freud no especifica ni revela el modo en que concibe esa “apreciación diversa”, pero, en la medida en que ésta se destina a la explicación de los aspectos propiamente subjetivos de la conciencia —o sea, el modo en que los procesos psíquicos se presentan en el marco de la *experiencia* de un *sujeto*— se puede especular que esa vía de abordaje sería algo del orden de una *fenomenología naturalizada de la conciencia*, cuyo perfil tal vez pueda ser delineado en negativo, a partir de las limitaciones que el mismo Freud reconoce en su teoría para la consideración de esas cuestiones.

Como se observó anteriormente, esa propuesta representa solamente la indicación de la dirección en la que toda otra serie de problemas puede ser planteada, ya que la posibilidad en sí de cualquier tipo de aproximación entre el abordaje fenomenológico de la conciencia y el naturalismo psicológico — como es sugerida por Roy *et al.* (1999)— plantea un conjunto de problemas conceptuales de difícil solución. Aquí es imposible ir más allá de la mera indicación de algunos aspectos de esos problemas. El impasse principal provendría del estricto y explícito antinaturalismo que caracteriza al proyecto fenomenológico desde sus orígenes en el pensamiento de Husserl. Los autores citados intentan alejar esa objeción con un argumento general que puede ser sintetizado de la siguiente manera: 1) la misma deriva de la asimilación del naturalismo científico a la actitud natural en oposición a la cual la actitud fenomenológica se define; 2) tal asimilación, a su vez, deriva del estado del desarrollo científico y de la concepción misma de ciencia natural con la cual Husserl convivió; 3) el naturalismo científico contemporáneo habría evolucionado en una dirección tal que aquella asimilación no podría ser sostenida más, lo que abriría un camino para la revisión del antinaturalismo estricto de la fenomenología, haciendo viable, por lo menos en principio, la propuesta de una naturalización de la misma.⁶ A partir de esa idea de que lo que se entiende por naturalismo científico hoy en día no comparte más aquella especie de realismo espontáneo de la actitud natural, los autores abordan la consideración de las complejas cuestiones metodológicas, epistemológicas y ontológicas involucradas en la propuesta de fundamentar el proyecto de un abordaje naturalista de la conciencia apto para obturar la laguna explicativa (*explanatory gap*) —que, además, las ciencias cognitivas comparten con el psicoanálisis freudiano (Simanke, 2006)—, en una relectura de la fenomenología husserliana he-

cha a partir de premisas naturalistas. Aunque esa propuesta esté lejos de ser ingenua respecto de la gravedad de los problemas filosóficos implicados, cabe indicar por lo menos un punto ciego de la misma, que tendrá que ser el blanco de una consideración más detallada, antes de que se pueda siquiera evaluar la posibilidad de que tal estrategia sea aplicable al caso del psicoanálisis freudiano, a saber, *la necesidad de una reflexión sistemática sobre el mismo concepto de naturaleza*, sin la cual toda la dirección dada a ese programa difícilmente escapará de una reafirmación dogmática de la metafísica implícita en la epistemología de las ciencias de la naturaleza tal como se constituyeron históricamente a partir de la revolución científica de la edad moderna (Simanke, 2007b).

En efecto, así como la filosofía de la ciencia de inspiración neo-positivista terminaba queriendo imponer a la práctica científica como un todo los criterios de una “concepción recibida” de la ciencia que tomaba como paradigma la física y las ciencias de la materia en general, es posible constatar que esa propuesta de una naturalización de la fenomenología opera con una especie de “concepción recibida” de *naturaleza*, asumida de forma no crítica cuando se trata de definir lo que se entiende por “naturalización”. Por ejemplo, ya en la apertura del trabajo citado: “Por ‘naturalizado’ queremos decir integrado en un marco de referencia explicativo en el que toda propiedad aceptable es transformada en continua con las *propiedades admitidas por las ciencias naturales*” (Roy *et al.*, 1999: 2, el subrayado es nuestro).

La dependencia de esa “concepción recibida” de naturaleza resulta más transparente aun cuando se trata de explicitar la cuestión *ontológica* implicada en ese programa de naturalización de la conciencia y de la dimensión fenomenológica de la mente, momento en que la discusión se desliza sistemáticamente del plano ontológico al epistemológico, donde reencuentra, inevitablemente, la perspectiva de las ciencias naturales ya constituidas y, según parece, se conforma con ella:

La segunda [cuestión] es ontológica: ¿es posible transformar propiedades cognitivas mentales en naturales? [...] En ese contexto la noción de propiedad natural se refiere, en primer lugar, a propiedades neurobiológicas, pero debe ser abordada de modo más amplio, *designando todo el conjunto de propiedades postuladas por las ciencias de la naturaleza más fundamentales*, por más abstractas que esas propiedades puedan ser de hecho y sea cual sea su interpretación filosófica. (Roy *et al.*, 1999: 44, el subrayado es nuestro).

Y, más adelante, aún dentro de una discusión que se propone ser la del “problema ontológico de la naturalización”:

La característica distintiva de la perspectiva naturalista es, al contrario [de la perspectiva cartesiana] intentar transformar esas propiedades en propiedades del cuerpo *sensu estricto* o, de modo más general, en propiedades de *entidades naturales tales como son caracterizadas por las ciencias físicas*. (Roy *et al.*: 45, el subrayado es nuestro).

Estas observaciones sólo se destinan a ejemplificar el tipo de problema que es preciso enfrentar si se desea retornar al proyecto metapsicológico freudiano en busca de un modelo teórico a partir del cual sea posible reflexionar sobre la propuesta de *una ciencia natural de la mente* tal como la misma se formula contemporáneamente. Aunque Freud no se haya manifestado explícitamente respecto de la posibilidad de que el desarrollo posterior de la reflexión metapsicológica pudiera llevar a la constitución de esa *metapsicología de la conciencia* que el pensamiento freudiano reconocidamente no alcanzó —o sea, respecto de la posibilidad de que la laguna explicativa de la metapsicología pudiera ser eventualmente superada—, la posibilidad de actualizar el abordaje freudiano mediante su integración a las investigaciones y teorías más recientes del campo de las ciencias cognitivas, así como de complementarlo a través de un abordaje fenomenológico de la experiencia conciente adaptado a la inspiración naturalista de su teoría psicológica, por lo menos permite pensar que la configuración de la metapsicología como un *naturalismo psicológico integral*⁷ podría ser un programa de investigación teóricamente viable, en sintonía, de entrada, con los presupuestos metapsicológicos a partir de los que Freud creó el psicoanálisis, siempre que sea posible encontrar una solución satisfactoria a dificultades teóricas tales como la citada anteriormente.

Mente, cerebro y conciencia en la metapsicología freudiana: una visión de conjunto

Dadas las dimensiones del presente trabajo, sólo es posible presentar una síntesis bastante resumida de los resultados obtenidos en la investigación de las cuestiones esbozadas y justificadas anteriormente.⁸ Tres conjuntos de cuestio-

nes serán privilegiados: 1) aquellas relativas al *problema de la representación*; 2) aquellas relativas al *problema de la conciencia* y 3) muy brevemente, a título de conclusión, la relación entre el *psicoanálisis freudiano* y el *naturalismo psicológico contemporáneo*.

En relación al *problema de la representación*, lo que se pudo verificar es que Freud desarrolla muy precozmente una teoría propia que ya puede considerarse metapsicológica y que tiene como eje central una revisión a gran escala del concepto psicológico tradicional de *representación*. Desde el ensayo sobre las afasias (Freud, 1891) se ponen bajo sospecha no sólo la teoría de las localizaciones cerebrales, sino también los presupuestos psicológicos que la acompañan, fundamentalmente un cierto atomismo psicológico heredado por la ciencia alemana de la tradición empirista británica (Amacher, 1965; Gabbi Jr., 2003; Simanke, 2007a). Éste, a su vez, conducía a aquel que Freud considera el “error de principio” fundamental del localizacionismo —incluso en sus versiones más avanzadas, como la de Wernicke—, a saber, la suposición de que los elementos de las representaciones se encuentran almacenados en las células de la corteza cerebral. En la medida en que el atomismo excluye, por definición, la posibilidad de la producción de diferencias cualitativas en el pasaje de lo simple a lo complejo, tal concepción se condena al *paralelismo psicofísico*: lo mental no se puede producir a partir de lo cerebral por ningún tipo de organización impuesta a los procesos y eventos neuronales, y los “átomos” psíquicos hipotéticamente alojados en las células de la corteza deben poseer desde el origen todas las propiedades distintivas de las representaciones; dicho de otro modo, deben ser representaciones en todos los sentidos esenciales del término, de modo que el nivel propiamente mental de funcionamiento sólo puede surgir si es postulado de entrada y yuxtapuesto al cerebral.

Frente a esas tesis, Freud opone una concepción de la representación en tanto organización dinámica, global e integradora de los procesos corticales, concepción a la cual llega por medio de una rigurosa crítica conceptual del presupuesto implícito del localizacionismo de que *lo que es simple del punto de vista psicológico debe corresponder a algo igualmente simple del punto de vista neuronal*. En contraposición, Freud desarrolla la teoría de que la información sensorial periférica sería continuamente reordenada e integrada a otros procesos a lo largo de su camino hacia la corteza, donde experimentaría un nuevo

reordenamiento del cual emergerían las propiedades cuyo conjunto se considera constituyente de lo mental. Aunque quede abierta la posibilidad de generalización hacia la totalidad de los procesos representacionales —es decir, en términos del ensayo sobre las afasias, también hacia las *representaciones de objeto*—, la teoría es desarrollada principalmente en relación a las *representaciones de palabra*, que están allí en primer plano debido a que el problema en foco es el de las afasias: la representación de palabra es considerada particularmente ejemplar del modo en que algo simple psicológico corresponde a una intrincada red de procesos neuronales dinámicamente interrelacionados. Freud muestra que, si desde el punto de vista psicológico la palabra es la unidad del lenguaje (o sea, lo simple psicológico del lenguaje), desde el punto de vista neurológico consiste en un proceso complejo que incluye elementos sensoriales acústicos, cenestésicos y visuales (imágenes sensoriales de palabras oídas, del habla, de las letras, etc.) que, en sí mismos, no poseen ninguna propiedad específicamente psicológica o lingüística, pero que las adquieren sólo al ser integrados en ese complejo que constituye la representación de palabra. Por eso, Freud enfatiza que el lenguaje no posee un *sensorium* propio, razón por la cual es innecesario y equivocado hablar de *centros de lenguaje* (centro motor o área de Broca, centro sensorial o área de Wernicke, etc.), lo que deriva en la hipótesis de que el área del lenguaje consiste en una región cortical anatómicamente homogénea y continua, lugar donde ocurren los procesos exclusivamente asociativos de los que resultan las funciones del lenguaje. En la medida en que estas concepciones se van generalizando a la representación en general, se abre un camino para dejar de pensar la relación mente-cerebro en los términos del paralelismo psicofísico, con todas sus consecuencias: 1) desembocar en una versión pulverizada del dualismo de sustancia repartido en una miríada de células corticales misteriosamente habitadas por los átomos de la representación; 2) presuponer una concepción estática del psiquismo, con el consiguiente privilegio de la metáfora de la memoria como almacenamiento (Rosenfield, 1988); 3) y, *last but not least*, implicar la identidad entre mente y conciencia, en la medida en que sólo la intervención postulada de esta última, como una función totalmente autónoma y incondicionada, puede operar la milagrosa transformación de lo cerebral en lo representacional, lo que la convierte en una especie de *a priori* absoluto de cualquier concepción de lo mental basada en esos presupuestos. A

pesar de que en 1891 Freud todavía admita cierta versión del paralelismo, aunque no atomista —la *doctrina de la concomitancia* tal como fue formulada por Hughlings Jackson—, se puede decir que ya están presentes en este texto los elementos para su superación y, conjuntamente, para la superación de la identidad entre mente y conciencia que constituirá el psicoanálisis.

El carácter esencialmente dinámico atribuido a los complejos sistemas de procesos corticales que constituyen las representaciones ya pone en primer plano el problema de su relación con el *afecto*. Aunque de hecho Freud opere —sobre todo en el plano clínico— con una concepción más restricta del afecto según la cual éste consiste en montantes de excitaciones somáticas cuya liberación es mediada por los procesos representacionales, la base teórica de esa concepción es la tesis de que la constitución de las representaciones presupone la movilización de cantidades de excitación nerviosa por los caminos neuronales funcionalmente determinados —o sea, no predeterminados anatómicamente. En otras palabras, la noción de *cantidad*, que Freud introduce como uno de los presupuestos de su *Proyecto de una psicología* (Freud, 1895/1950), constituye el fundamento metapsicológico de su concepción del carácter afectivo de las representaciones, de modo tal que, en última instancia, se podría decir que *toda representación es una representación afectiva*, en la medida en que toda representación presupone desplazamientos de cantidades de excitación que la constituyen. Por ese camino, la concepción *clínica* de representación afectiva propuesta por Breuer en el capítulo teórico de los *Estudios sobre la histeria* no habría sido impugnada sino ampliada y generalizada por Freud en el *Proyecto...* (Simanke, 2005), adquiriendo así un estatuto propiamente *metapsicológico*. A pesar del hecho de que sólo en el *Proyecto...* Freud reconozca explícita y definitivamente el carácter inconsciente de esas representaciones, las condiciones tanto de la formulación del concepto de *representación inconsciente* como del establecimiento de su *naturaleza dinámica y afectiva*, ya estaban dadas en *Sobre la concepción de las afasias*, en virtud de que el proceso de constitución de las representaciones había dejado de ser concebido como resultado de la recepción, conducción y proyección pasivas de estímulos en la corteza cerebral, con la consiguiente formación de los “engramas” que tendrían que ser “leídos” por la mirada interior de la conciencia para dar origen a los procesos mentales.⁹ Como vimos, esa concepción había sido substituida por la idea de una compleja

organización dinámica y global de procesos nerviosos que posibilitarían la emergencia de las propiedades representacionales, permitiendo así la destitución de la conciencia de la condición de presupuesto necesario para la existencia misma de la dimensión psicológica. El desarrollo posterior de la *teoría pulsional* freudiana —ya preanunciada, igualmente, en el *Proyecto*— pone definitivamente en primer plano esa concepción dinámica y afectiva de la vida mental que es tan característica del psicoanálisis y que puede ser considerada un desdoblamiento de esa teoría de la representación tan precozmente desarrollada por Freud en sus primeros textos —justamente aquellos que marcaron la transición de sus preocupaciones *exclusivamente* neurológicas a las psicológicas. Esa vinculación se expresa, por ejemplo, en el extenso tratamiento del problema de las relaciones entre *pulsión* y *representación* en los trabajos metapsicológicos de 1915, donde, en ciertos contextos, la propia pulsión aparecerá definida como una de las formas de la representación (Freud, 1905, 1915b).

En lo atinente al *problema de la conciencia* en la metapsicología freudiana, las cuestiones son más complejas y más oscuras, en función de las dificultades específicas del proyecto metapsicológico freudiano, pero también, como vimos, de dificultades que son comunes a cualquier propuesta de construcción de una teoría psicológica general con base naturalista. No obstante, algunas indicaciones de Freud tal vez sirvan para indicar la dirección en la cual una investigación del problema de la conciencia podría ser conducida desde una perspectiva psicoanalítica. Tales indicaciones remiten, fundamentalmente, a las relaciones entre conciencia y lenguaje y sugieren la aproximación del *problema de la conciencia* en el psicoanálisis freudiano a otra cuestión, igualmente compleja, que se puede designar como el *problema de la significación*.

A primera vista, este no parecería ser un abordaje muy promisorio, en función de las propias limitaciones de la concepción freudiana de la significación. Lacan, por ejemplo, consideró necesario para superarlas la introducción de la lingüística estructural en el pensamiento freudiano, dando origen a esa especie de programa híbrido de investigación —simultáneamente psicológico, lingüístico y antropológico— que expresó con el mote del “retorno a Freud” (Lacan, 1953, 1966a, 1966b; Simanke, 2003). En otra dirección, Gabbi Jr. (2005a, 2005b) hace de las limitaciones de la teoría del lenguaje, que se puede desprender de la obra freudiana, un argumento central para una relectura

crítica de diversas posiciones, desde la interpretación de los sueños hasta las tesis sobre la feminidad. El autor considera que Freud habría tomado de la teoría de los nombres de Stuart Mill la idea de que la significación tiene su origen, en última instancia, en la nominación de un objeto, pero restringiéndose a los aspectos *denotativos* de esa operación y dejando de lado todo lo atinente a la *connotación*, lo que exigió posteriormente una serie de malabarismos teóricos para dar cuenta de esa dimensión de la significación. Una fuerte evidencia de esto sería el trecho, en *Sobre la concepción de las afasias*, en el que Freud habría expresado de forma más explícita tanto la influencia de Mill como la reducción de la significación a los aspectos denotativos de la nominación:

La palabra adquiere, sin embargo, su significación por la ligazón con la “representación de objeto”, *al menos si limitamos nuestra consideración a los sustantivos*. La representación de objeto misma es, al contrario, un complejo asociativo de representaciones de las más heterogéneas, visuales, acústicas, táctiles, cenestésicas y otras. De la filosofía obtenemos que la representación de objeto no contiene, además de eso, sino la apariencia de una “cosa”, cuyas diferentes propiedades derivan de aquellas impresiones sensoriales, y se realiza únicamente porque, al inventario de las impresiones sensoriales que recibimos de un objeto, sumamos la posibilidad de un gran número de nuevas impresiones en la misma cadena asociativa (J. S. Mill). (Freud, 1891: 122, el subrayado es nuestro).

La restricción de esa hipótesis sobre el origen de la significación al caso de los sustantivos sugeriría que para Freud el lenguaje no sería capaz de nombrar cualidades o, en sentido inverso, que los adjetivos no serían nombres, derivando de esa limitación todas las dificultades que enfrenta una teoría psicológica construida sobre los resultados de un método que opera esencialmente con el lenguaje. No obstante, quizás sea posible recontextualizar y dar otro sentido a la expresión “al menos si limitamos nuestra consideración a los sustantivos”: ella representaría solamente la constatación de que sólo una parte del *problema de la significación* —aquella relativa al sentido de los sustantivos— podría ser referida a esa relación simple entre la representación de palabra y la de objeto. Más que eso, esa hipótesis sería como la punta del *iceberg* de una teoría más amplia sobre la naturaleza y el proceso de constitución de las significaciones del lenguaje que se desarrolla a lo largo de toda la obra de Freud, aunque permanezca la mayoría de las veces sobreentendida y se deba explicitar a partir

del modo en que el psicoanálisis freudiano efectivamente utiliza la referencia al lenguaje, tanto en la práctica de la interpretación como en la elaboración metapsicológica. Es en ese sentido ampliado que la teoría de la significación, que se puede abstraer del pensamiento freudiano, mostraría su relevancia en el abordaje del problema de la conciencia. Las consideraciones siguientes presentan resumidamente lo que se puede considerar el punto de partida de una investigación sistemática de esas cuestiones en la obra de Freud.

En primer lugar, el establecimiento del nexo entre representación de palabra y representación de objeto es enunciado antes que cualquier otro aspecto de la cuestión de la significación ya en el capítulo conclusivo de *Sobre la concepción de las afasias*, sobre todo en función de su importancia clínica, tanto en la reconfiguración del campo de las patologías del lenguaje que Freud emprende allí, como en la psicopatología de las neurosis que está presto a desarrollar. En efecto, ese nexo es fundamental para dar sentido a la principal distinción nosográfica introducida por Freud en 1891, que opone las afasias puramente *verbales* —que derivan de un trastorno en las asociaciones internas a la representación de palabra— y las afasias *asimbólicas* —producidas justamente por la ruptura del vínculo entre la representación de palabra y la representación de objeto. Esa tesis será extendida luego al mecanismo patogénico de la histeria (Gabbi Jr., 1991) y contribuirá a la elucidación del sentido del concepto de represión, que se definirá como la imposibilidad de traducir en palabras las representaciones de objeto reprimidas y, por eso, por la imposibilidad de someter la circulación de los montos de afecto por ellas movilizados al régimen del proceso secundario, de donde resultan las peculiaridades de las formaciones sintomáticas de la neurosis, caracterizadas como procesos primarios póstumos que se imponen al yo. A pesar de que Freud mantenga esa tesis como eje de su teoría de la significación a lo largo del desarrollo posterior de la metapsicología (Freud, 1915a, por ejemplo), el modo en que se refiere al lenguaje en el interior del mismo *corpus* metapsicológico y, más aún, en la práctica concreta de la interpretación, indica que la relación entre palabra y objeto puede ser entendida sólo como el punto culminante de un complejo proceso de construcción de la significación en el psiquismo, en el curso del cual nuevas propiedades serían engendradas a cada paso, según las implicaciones del concepto de sobre-asociación (*Superassoziation*) con el que Freud opera ya desde

1891. Esquemáticamente podríamos proponer cinco grandes operaciones constitutivas de este proceso, ilustrando rápidamente los momentos más típicos de la obra freudiana a partir de los que estas podrían ser aprehendidas:

1) *El proceso de constitución de la representación de palabra*, parcialmente descrito en Freud (1891), en el que analiza el proceso de adquisición del lenguaje discriminando las sucesivas sobre-asociaciones que lo convierten en una función progresivamente más compleja, a partir del núcleo constituido por la asociación entre las imágenes acústicas de las palabras oídas y las imágenes de movimiento de la musculatura glossofaríngea que permiten reproducirlas.¹⁰

Esa descripción se prolonga en el *Proyecto...* (Freud, 1895/1950), por ejemplo, en la afirmación de la “función secundaria de comunicación” que adquiere el llanto reflejo del recién nacido y la importancia que, a partir de allí, adquiere la imitación del habla del prójimo (*Nebenmensch*), entre otras cosas.

2) *El proceso de constitución de la representación de objeto*, delineado ya en el ensayo de 1891 y desarrollado, en adelante, en casi todos los momentos en que se plantea el problema del objeto en psicoanálisis. Por ejemplo, en el *Proyecto...* Freud aborda el modo en que la representación de objeto adquiere primariamente su significación mediante la conexión con sensaciones corporales, llenando así una laguna que había quedado en *Sobre la concepción de las afasias*: si la representación de palabra adquiere su significación de la representación de objeto, ¿cómo esta última, a su vez, adquiere la suya? La idea de que el lenguaje se refiere, en última instancia, a las sensaciones corporales se expresará más tarde, por ejemplo, en el tratamiento que Freud da al problema del “lenguaje de órgano” esquizofrénico (Caropreso e Simanke, 2006). El problema de la constitución de la representación de objeto aparece muchas veces bajo la forma de lo que Freud denomina elección de objeto, ya que ese objeto “elegido” es, de hecho, un objeto construido a lo largo del desarrollo. Una parte extremadamente significativa de las elaboraciones metapsicológicas posteriores a la publicación de los *Tres ensayos...* (Freud, 1905), por ejemplo, puede ser reconstruida como estando al servicio de la resolución del problema de la elección de objeto, que allí permaneció flagrantemente abierto. Pueden incluirse en esa serie desarrollos tan decisivos como la teoría del narcisismo y de la identificación, así como aquellos referentes a los complejos de Edipo y de castración que asumen su forma definitiva mucho más tarde en la obra de Freud (Simanke, 1994).

3) *El establecimiento de las relaciones de las representaciones de palabra entre sí*, o sea, el régimen de las relaciones formales del lenguaje y de su organización en tanto sistema; en otras palabras, la *dimensión sintáctica del lenguaje* que, aunque tal vez nunca haya sido problematizada explícitamente por Freud, aparece presupuesta en el modo en que explora las relaciones puramente verbales en sus análisis de lapsos, chistes, sueños y síntomas. Esos análisis, como se sabe, fueron privilegiados y se hicieron célebres gracias a la relectura de Freud emprendida por Lacan, sobre todo en su fase más típicamente estructuralista. No obstante, darle su debido relieve no implica necesariamente transformar a Freud en un protoestructuralista, como preconiza el programa lacaniano.¹¹

4) *El establecimiento de las relaciones de las representaciones de objeto entre sí*; en otras palabras, la constitución de los sistemas mnémicos que componen el aparato psíquico en la tópica desarrollada desde 1896, exceptuando el preconciente que, siendo organizado por relaciones verbales, ya representa el sistema constituido a partir del establecimiento del vínculo entre palabra y objeto. Todos los principios asociativos atribuidos a esos sistemas más primitivos, más arcaicos y más distantes en la estructura del aparato (simultaneidad, contigüidad, causalidad, etc.) pueden ser considerados modos según los cuales las representaciones de objeto se organizan entre sí, o sea, constituyen sistemas de representaciones de objeto sometidos a aquella lógica propia, ajena al lenguaje, que Freud designó *proceso primario*.

5) Finalmente, *la asociación entre la representación de palabra y la representación de objeto*, a saber, aquella operación descrita en 1891, en el último capítulo del ensayo sobre las afasias, la cual culminaría todo ese proceso de constitución de dos *órdenes* de representaciones de cuya *relación* emergería la significación —y no de una relación puntual entre una palabra y un objeto. Aunque no sea posible desarrollar este punto aquí, cabe observar solamente que ese desdoblamiento de la concepción freudiana sobre el origen de la significación en toda su complejidad parece hacer más justicia a la forma perfectamente contextual en la que Freud considera el papel del *sentido* en la vida psíquica, siempre que se trata de dar una definición explícita de ello. Quizás el lugar en que esa concepción simultáneamente intencional y contextual del sentido aparece de forma más clara sea en las *Conferencias de introducción al psicoanálisis*.

Pongámonos de acuerdo otra vez sobre lo que entendemos por el “sentido” de un proceso psíquico. No es otra cosa que el propósito a que sirve, y su *ubicación dentro de una serie psíquica*. Para la mayor parte de nuestras investigaciones podemos sustituir “sentido” también por “propósito”, “tendencia”. (Freud, 1916-1917a: 36, el subrayado es nuestro)

O también:

En el análisis de esta pequeña acción sintomática ustedes no encuentran nada que no les sea ya familiar: la aseveración de que no es contingente, sino que posee un motivo, un sentido y un propósito; *que pertenece a una trabazón anímica pesquisable* y que, en calidad de pequeño indicio, anuncia de un proceso anímico más importante. (Freud, 1916-1917c: 227, el subrayado es nuestro).¹²

¿Cuál puede ser el interés de estas observaciones sobre las concepciones freudianas de la significación en relación al problema de la conciencia, aquí en cuestión? En la medida en que es el establecimiento de ese vínculo asociativo entre el orden de las representaciones de objeto y de las representaciones de palabra el que instaura el proceso secundario y hace surgir el sistema psíquico que Freud denominó en la primera tópica *preconciente*, se puede decir que *esa operación por la cual emerge la significación es la contrapartida —o tal vez la otra cara— de aquella por la cual la conciencia de una representación de objeto se hace posible*. De hecho, si por un lado la representación de objeto confiere a la palabra su significación —haciendo todas las salvedades a la aparente simplicidad de esa operación, como expusimos anteriormente—, por otro lado, es la palabra la que confiere al objeto la posibilidad de hacerse consciente: en verdad, luego del ensayo de las afasias, Freud se ocupó de ese segundo aspecto de las relaciones entre palabra y objeto con más intensidad y por más tiempo, y es con ese objetivo, por ejemplo, que retoma sus primeras elaboraciones sobre el problema de la representación en el artículo metapsicológico sobre el inconsciente (Freud, 1915a). Así, *significación y conciencia derivarían de dos operaciones inversas y perfectamente simétricas*: la que va de la palabra al objeto y la que va del objeto a la palabra, respectivamente. En última instancia, podría considerárselas como *dos aspectos —o dos perspectivas— de una misma operación psíquica*, que pone en relación aquello que Freud considera la mente en sí (el inconsciente) y la experiencia del sujeto. Esto abriría un camino para que el desarrollo de cada

uno de esos problemas —significación y conciencia— pudiera echar luz sobre el otro, de manera que la profundización de la reflexión sobre el modo en que Freud concibe el origen y la función de las significaciones del lenguaje en la vida psíquica pueda quizás contribuir a una proposición más eficiente del *problema de la conciencia* tal como se presenta del punto de vista metapsicológico, problema cuyo misterio Freud fue obligado a admitir hasta sus trabajos más tardíos. Para esto es necesario, antes que nada, mostrar que lenguaje y significación son cuestiones que tienen en la obra freudiana un tratamiento que no es en absoluto trivial, tarea que estas consideraciones sólo comenzaron a esbozar.

Conclusión

Como pudimos ver, el cuestionamiento de las relaciones entre lo psíquico y lo somático se hace presente desde muy temprano en la obra de Freud y puede ser considerado uno de los problemas centrales —sino *el* problema central— de la metapsicología. Al mismo tiempo, Freud jamás renunció a la idea de que la psicología debería definirse como una *ciencia de la mente* y sólo podría ser legítimamente constituida dentro del espíritu de las *Naturwissenschaften*, habiendo aplicado rigurosamente ese principio en el desarrollo de la teoría psicoanalítica y en la constitución misma del psicoanálisis como disciplina (Freud, 1895/1950, 1932, 1938). Por lo tanto, cualquier investigación sobre la naturaleza de la mente y de la conciencia que pueda advenir del campo psicoanalítico tiene que tomar en cuenta ese *naturalismo psicológico* estricto del que Freud nunca se divorció.

En diversas ocasiones Freud afirmó que el concepto psicoanalítico de inconsciente era la condición que permitía que ese naturalismo psicológico pudiera sostenerse, y que el psicoanálisis se definiría, por eso, como el proyecto de una *ciencia natural de la mente* que toma como objeto los procesos psíquicos inconscientes. La hipótesis de que el psiquismo es originaria y predominantemente inconsciente, sobre todo en lo atinente a la determinación específica de los fenómenos mentales, se revela, así, como algo esencial al proyecto naturalista freudiano.

Por otro lado, Freud afirmó enfáticamente que la conciencia era una cuestión psicológica legítima y que no podía ser ignorada por ninguna psicología digna de este nombre (Freud, 1895/1950, p. 400). Para Freud, la conciencia fue siempre *metodológicamente indispensable*, por ser la fuente de los datos y observaciones de los que parte la investigación, así como *fenomenológicamente irrecusable*, ya que el sujeto tiene de ella la experiencia más próxima e inmediata. Por todo esto, el campo de la investigación psicológica debe incluirla necesariamente. Lo que se observa, sin embargo, es que esa admisión de la conciencia acarreó a la teoría freudiana problemas aparentemente insolubles: primero, porque su estudio parecía poner límites infranqueables al programa de naturalización de lo mental formulado por Freud; segundo, porque una *metapsicología de la conciencia* —sus condiciones de posibilidad, su mecanismo de producción y su modo de relación con los procesos psíquicos inconscientes— parece nunca haber sido más que un esbozo marcado por oscilaciones e inconsistencias. Tenemos, en Freud, tanto el reconocimiento del *problema de la conciencia* como un esfuerzo reiterado de abordarlo y solucionarlo, pero también el reconocimiento del estado incompleto de la teoría y del carácter aún insatisfactorio de los resultados.

Para muchos, esa apuesta naturalista freudiana pareció volverse rápidamente anacrónica y la metapsicología que la sostenía se tornó un residuo dispensable de un cientificismo superado: las relecturas humanistas y antropológicas del psicoanálisis defendieron la idea de que el paradigma de las ciencias humanas era más fiel a la originalidad del descubrimiento freudiano, mientras que una crítica epistemológica de orientación neo-positivista intentó demostrar que el psicoanálisis era inviable como ciencia natural. Así, a lo largo de buena parte del siglo XX, la alternativa parecía ser aceptar el naturalismo y rechazar a Freud (como en la crítica científicista), o aceptar a Freud y rechazar el naturalismo (como en las reinterpretaciones humanísticas).

A pesar de esto, la idea de que un programa de investigación naturalista en psicología era viable volvió a ganar fuerza en el último tercio del siglo XX en función del desarrollo de las así llamadas ciencias cognitivas y de las neurociencias. Simultáneamente, dentro de este mismo campo, hubo un recrudescimiento del interés por la conciencia, lo que ponía nuevamente sobre el tapete la capacidad de ese proyecto naturalista de abarcar también los aspectos fenomenológicos y subjetivos de la mente. El objetivo de las consideraciones

precedentes fue mostrar, sintéticamente, cómo se desarrolla en Freud una reflexión metapsicológica que tiene por eje el concepto de representación, y cuál es el impacto de esa reflexión sobre el problema de las relaciones entre los procesos mentales y el cerebro, por un lado, y de las relaciones entre la mente consciente y el psiquismo inconsciente, por otro. También se trató de indicar, de modo muy preliminar, cómo esas cuestiones centrales del psicoanálisis freudiano —la naturalización de la mente, el inconsciente, la relación entre lo somático y lo psíquico y entre lo psíquico inconsciente y la conciencia, el problema del afecto— reaparecen en términos muy semejantes, tanto en lo atinente a las soluciones propuestas como en lo relativo a los impasses conceptuales por ellas generados, en las ciencias cognitivas contemporáneas y en la filosofía de la mente que éstas conllevan, haciendo que la epistemología freudiana, para bien o para mal, emerja de esa comparación revestida de una actualidad hasta cierto punto sorprendente, lo cual sugiere la posibilidad y el interés de un diálogo filosófico y científicamente fecundo con las investigaciones y teorizaciones más recientes.

Traducción de Jimena García Menéndez

Notas

¹ Este trabajo presenta, de forma resumida, las principales directrices y una síntesis de algunos resultados del proyecto *Conciencia y representación en psicoanálisis: alcance y límites de la reflexión metapsicológica*, contemplado con una Beca de Productividad en Investigación del CNPq (Brasil), cuyo apoyo el autor querría agradecer.

² Citemos no obstante, sólo para ilustrar una excepción, el trecho de Nietzsche en *La gaya ciencia*, en el cual se refiere a la “(...) incomparable comprensión de Leibniz, con la que tuvo razón, no sólo contra Descartes sino contra todo aquel que, hasta él, había filosofado – de que a conciencia es apenas un *accidens* de la representación, no su atributo

necesario y esencial, de que, por lo tanto, aquello que denominamos conciencia constituye apenas un estado de nuestro mundo espiritual y psíquico (tal vez un estado enfermizo) y está lejos de ser él mismo (...)" (Nietzsche, 1882: 218, el subrayado es nuestro).

³ "Se recrimina con razón a Freud por haber introducido, bajo el nombre de inconsciente, un segundo sujeto pensante (...)" (Merleau-Ponty, 1968: 69).

⁴ De hecho, es posible reconstruir la argumentación freudiana en el *Proyecto...* (Freud, 1895/1950) como un esfuerzo de generalización – y no de refutación, como se ha supuesto muchas veces – de las tesis expuestas por Breuer en el capítulo teórico de los *Estudios sobre la histeria*, sobre todo la de la existencia de representaciones afectivas inconscientes, a las que Breuer considera como un fenómeno excepcional y exclusivamente patológico, mientras que Freud lo redefine como una propiedad general y esencial de la representación (Simanke, 2005b).

⁵ Tal vez sea posible mostrar que, restituido en su fundamentación originaria y estrictamente psicoanalítica, el concepto freudiano de representación podría escapar, en gran parte, a las críticas filosóficas más contundentes a las filosofías tradicionales de la representación, incluyendo la crítica bergsoniana que, de cierta forma, se prolonga en la crítica fenomenológica, la cual, a su vez, se dirigió muy frecuentemente al psicoanálisis específicamente. No obstante, esa cuestión no podrá ser desarrollada aquí y cabe sólo señalarla como un problema a ser retomado en el futuro.

⁶ Zahavi (2004, p. 335), sin embargo, argumenta muy enfáticamente que, al contrario de lo que parecen pensar los autores, no son las razones científicas el obstáculo principal en relación a ese programa de naturalización de la fenomenología, sino una serie de razones de orden filosófico y trascendental, de las cuales él destaca la crítica de Husserl al objetivismo, además de la idea misma de una subjetividad trascendental. Esas objeciones habrían sido totalmente ignoradas en Roy *et al.* (1999).

⁷ La expresión *naturalismo psicológico integral* es utilizada aquí para designar un abordaje que no se restrinja, en primer lugar, a los aspectos estrictamente informacionales de la cognición, como fue mayoritariamente el caso de las ciencias cognitivas hasta recientemente, sino que incluya también la dimensión afectiva de la vida mental; en segundo lugar, que no se limite a los aspectos inconscientes de los procesos cognitivos (en esa acepción ampliada), sino que incluya también la *experiencia conciente* y sus condiciones de posibilidad.

⁸ La exposición siguiente asumirá, por eso, un aspecto bastante dogmático, que se procurará amenizar remitiendo esas conclusiones a los trabajos ya producidos y publicados, donde son desarrolladas en mayor detalle (Simanke, 2005a, 2006, 2007a; Simanke e Caropreso, 2005; Caropreso e Simanke, 2006).

⁹ Natsoulas (1995) critica enfáticamente la atribución a Freud de una concepción de la conciencia como "ojo mental", principalmente por parte de Searle (1992).

¹⁰ La sucesión aquí propuesta es más *lógica* que *cronológica*, y describe las operaciones previas necesarias para que el vínculo entre la representación de objeto y la de palabra,

tal como es descrito textualmente por Freud, pueda ser establecido. Esto se evidencia en el hecho de que la asociación entre las imágenes acústicas y cenestésicas del lenguaje es el núcleo del proceso de constitución de la representación de palabra sólo cuando ese proceso es considerado aisladamente. De hecho, existen buenas razones para suponer que, según la concepción freudiana, lo que individualiza cierto patrón sonoro en la percepción auditiva como constituyendo una “imagen acústica de palabra” es su simultaneidad reiterada con la percepción (visual, por ejemplo) de un objeto, lo cual, de inmediato, pondría en cuestión el vínculo entre representación de objeto y representación de palabra en el mismo origen de esta última.

¹¹ Aunque el estructuralismo lingüístico privilegie los aspectos formales del lenguaje y, por ese camino, su dimensión sintáctica en detrimento de la semántica, se puede observar que Lacan generalmente se restringió en sus análisis al nivel del signo lingüístico – a un análisis *interno* al mismo, en verdad, según la tesis de la primacía del significante –, de modo que se puede cuestionar si los aspectos sintácticos del lenguaje en psicoanálisis fueron, también allí, contemplados adecuadamente (Nelson da Silva Jr., comunicación personal). En otra dirección, es posible indicar cómo esa restricción de Lacan al nivel del signo derivó en limitaciones para su concepción de la metáfora (Simanke, 2003, 2005b).

¹² Los ejemplos pueden multiplicarse sin dificultades recurriendo sólo a esa misma serie de conferencias: “El fenómeno posee un sentido. Por ‘sentido’ entendemos significado, propósito, tendencia y *ubicación dentro de una serie de nexos psíquicos*.” (Freud, 1916-1917b: 54, el subrayado es nuestro).

Bibliografía

- AMACHER, P. (1965), *Freud's neurological education and its influence on psychoanalytic theory*, Monograph 16, Psychological Issues 4, New York: International University Press.
- BAYNE, T. (2004), “Closing the gap? Some questions to neurophenomenology”, *Phenomenology and the cognitive sciences*, vol. 3, pp.349-364.
- CAROPRESO, F. e Simanke, R. T. (2006), “A linguagem de órgão esquizofrênica e o problema da significação na metapsicologia freudiana”, *Revista de Filosofia da PUC-PR*, vol. 18, no. 23, pp.105-128.
- CAZETO, S. J. (2001), *A constituição do inconsciente em práticas clínicas na França do século XIX*, São Paulo: Escuta.
- DALBIEZ, R. (1936), *La méthode psychanalytique et la doctrine freudienne*, Paris: Desclée de Brouwer, 2 vols., p. 1949.

- ELLENBERGER, H. (1970), *The discovery of the unconscious: a history of dynamic psychiatry*, New York: Basic Books.
- FREUD, S. (1891), *Zur Auffassung des Aphasien*, Frankfurt am Main: Fischer, 1992.
- (1895/1950), "Entwurf einer Psychologie", en *Gesammelte Werke. Nachtragsband*, Frankfurt am Main: Fischer, 1987, pp. 387-477.
- . (1905), "Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie", en *Studienausgabe. Band V: Sexualleben*, Frankfurt am Main: Fischer, 1982, pp. 37-145.
- . (1915a), "Das Unbewusste", en *Studienausgabe. Band III: Psychologie de Unbewusste*, Frankfurt am Main: Fischer, 1982, pp. 119-173.
- . (1915b), "Triebe und Triebchicksale", en *Studienausgabe. Band III: Psychologie de Unbewussten*, Frankfurt am Main: Fischer, 1982 pp. 75-102.
- . (1916-17a), "Conferencias de introducción al psicoanálisis. 3a. conferencia: Los actos fallidos (continuación)", en *Obras completas*. Vol. XV, Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2.ed., 1997, pp. 36-52.
- . (1916-17b), "Conferencias de introducción al psicoanálisis. 4a. conferencia: Los actos fallidos (conclusión)", en *Obras completas*. Vol. XV, Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2.ed., 1997, pp. 53-71.
- . (1916-17c), "Conferencias de introducción al psicoanálisis. 16a. conferencia: Psicoanálisis y psiquiatría", en *Obras completas*. Vol. XVI, Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2.ed., 1997, pp. 223-234.
- . (1932), "New introductory lectures on psycho-analysis. Lecture 35. The question of a Weltanschauung", en *The Standard Edition of the complete psychological works of Sigmund Freud*. Vol. XXII, London: Hogarth Press, 1975, pp. 158-182.
- . (1938), "Esquema del psicoanálisis", en *Obras completas*. Vol. XXIII, Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2.ed., 1997, pp. 133-209.
- GABBI, Jr., O. F. (1991), "Sobre a concepção da afasia e da histeria: notas sobre a relação entre anatomia e linguagem nos primórdios da teoria freudiana", en Bento Prado Jr. (ed.), *Filosofia da psicanálise*, São Paulo: Brasiliense, pp. 181-198.
- . (2003), *Notas a Projeto de uma Psicologia: as origens utilitaristas da psicanálise*, Rio de Janeiro: Imago.
- . (2005a), "Feminilidade, interpretação e transferência", en Leopoldo Fulgêncio e Richard Theisen Simanke (eds.), *Freud na filosofia brasileira*, São Paulo: Escuta, pp. 169-202.
- . (2005b), "Sonhos, pensamentos, palavras", en Leopoldo Fulgêncio e Richard Theisen Simanke (eds.), *Freud na filosofia brasileira*, São Paulo: Escuta, pp.203-238.
- LACAN, J. (1953), "Le symbolique, l'imaginaire et le réel", en *Bulletin de l'Association Freudienne*, No. 1, 1982. (Texto on-line: Bibliothèque Lacan, École Lacanienne de Psychanalyse. URL: www.école-lacanienne.net).

- . (1966a), “ Fonction et champ de la parole et du langage dans la psychanalyse ”, en *Écrits*, Paris: Seuil, pp. 237-323.
- . (1966b), “ La chose freudienne ou sens du retour à Freud en psychanalyse ”, en *Écrits*, Paris: Seuil, pp. 401-436.
- LAPLANCHE, J. (1980), *Problématiques I: L'angoisse*, Paris: PUF.
- MERLAU-Ponty, M. (1968), *Résumé de cours. Collège de France (1952-1960)*, Paris: Gallimard.
- MONZANI, L. R. (1991), “Discurso filosófico e discurso psicanalítico: balanço e perspectivas”, en Bento Prado Jr. (ed.), *Filosofia da psicanálise*, São Paulo: Brasiliense, pp. 109-138.
- NATSOULAS, T. (1995), “A rediscovery of Sigmund Freud”, *Consciousness and cognition*, Vol. 4, pp. 300-322.
- NIETZSCHE, F. (1882), “A gaia ciência”, en *Obras incompletas*, Col. Os Pensadores, São Paulo: Abril Cultural, 1983, pp. 187-224.
- OVEGAARD, M. (2004), “On the naturalising of phenomenology”, *Phenomenology and the cognitive sciences*, Vol. 3, 365-379.
- PETITOT, J. et al. (1999), *Naturalizing phenomenology: issues in contemporary phenomenology and cognitive science*, Stanford, California: Stanford University Press.
- POLITZER, G. (1928), *Critique des fondements de la psychologie*, Paris: Rieder.
- PRADO Jr., B. (1991), “Apresentação”, en Bento Prado Jr. (ed.), *Filosofia da psicanálise*, São Paulo: Brasiliense, pp. 7-8.
- RAIKOVIC, P. (1994), *O sono dogmático de Freud: Kant, Schopenhauer, Freud*, Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor, 1996.
- RICOEUR, P. (1965), *De l'interprétation: essai sur Freud*, Paris: Seuil.
- ROSENFELD, I. (1988), *A invenção da memória: uma nova visão do cérebro*, Rio de Janeiro: Nova Fronteira, 1994.
- ROY, J.-M. et al. (1999), “Beyond the gap: an introduction to naturalizing phenomenology”, en Jean Petitot et al. (eds.), *Naturalizing phenomenology: issues in contemporary phenomenology and cognitive science*, Stanford, California: Stanford University Press, pp. 1-82.
- SEARLE, J. R. (1992), *The rediscovery of mind*, Cambridge, MA: Bradford and MIT Press.
- SIMANKE, R. T. (1994), *A formação da teoria freudiana das psicoses*, Rio de Janeiro: Ed. 34.
- . (2003), “A letra e o sentido do ‘retorno a Freud’ de Lacan: a teoria como metáfora”, en Vladimir Safatle (ed.), *Um limite tenso: Lacan entre a filosofia e a psicanálise*, São Paulo: EDUNESP, 277-304.
- . (2005a), “Memória, afeto e representação: o lugar do “Projeto...” no desenvolvimento inicial da metapsicologia freudiana”, *Revista Olhar*, Vol. 12, pp. 12-40.
- . (2005b), “Nem filósofo, nem antifilósofo: notas sobre o papel das referências filosóficas na construção da psicanálise lacaniana”, *Natureza Humana*, Vol. 7, No. 1, pp. 9-58.

- . (2006). “O problema mente-corpo e o problema mente-mente da metapsicologia: pontos de convergência entre a psicanálise freudiana e as ciências cognitivas”, *Natureza humana*, Vol. 8, No. esp. 1, pp. 93-118.
- . (2007a), “Cérebro, percepção e linguagem: elementos para uma metapsicologia da representação em ‘Sobre a concepção das afasias’ (1891) de Freud”. *Discurso*, Vol. 36, pp. 55-94.
- . (2007b), “Um ponto cego no projeto de naturalização da fenomenologia: o conceito de natureza”. Manuscrito em preparação.
- SIMANKE, R. T & Caropreso, F. (2005), “O conceito de consciência no ‘Projeto de uma psicologia’ de Freud e suas implicações metapsicológicas”, *Trans/Form/Ação – Revista de Filosofia*, Vol. 28, No. 1, pp. 85-108.
- WHYTE L. L. (1960), *The unconscious before Freud*, New York: Basic Books.
- ZAHAVI, D. (2004), “Phenomenology and the project of naturalization”, *Phenomenology and the cognitive sciences*, Vol. 3, pp. 331-347.

Fecha de recepción del artículo: 19 de marzo de 2010
Fecha de remisión a dictamen: 23 de marzo de 2010
Fecha de recepción del dictamen: 21 de abril de 2010